

EMILIANA

GABRIELA ZEPEDA

A costada en su cama de madera, envolvía aquí y allá su cuerpo, con una larga tela de algodón. Sólo estaba allí iluminada por la luna. Llevaba días así.

Afuera escuchaba el fuerte silbido del viento, el tronido lejano del río, los árboles crujir, los aullidos de bestias. Gritos de gente, pues se acercaba una fuerte tormenta. Emiliana oía gritos de alarma, el llanto angustioso de los niños. Escuchó cómo corrían las bestias, hombres, mujeres y niños para quedar protegidos. Ella seguía allí, desnuda con la luna.

Todo se oscureció. Eleno entró abriendo de un golpe la puerta, alarmado corrió por la casa levantando muebles, guardando comida, aprisionando animales.

—¡Andale Emiliana....! Dicen...

—¡Apúrate mujer... salud!

Dicen los vecinos que ya se está llevando hasta ranchos.

¡Apúrate mujer! pa' ponernos a salud.

Se quedó parado viendo el cuerpo bello de su mujer, moreno, fuerte, delgado. Los senos tensos, su pubis palpitando. El olor de su vientre, del sudor: no resistió. Acarició el muslo de Emiliana, su mano fue a detenerse sobre el vientre.

Alarmado jaló a su mujer e intentó levantarla; Emiliana movió la cabeza, murmuró un no e insistió en seguir amándose. Eleno no resistió, sólo deseaba tocar la humedad de su cuerpo, tenderse sobre aquellos morenos muslos, acariciar los rígidos y suaves pezones.

Emiliana lo embrujaba con sus olores, su sensualidad explotó al lla-



mado de la luna. Palpitó al sentir la piel de Eleno; sus manos envolvieron el recio y áspero cuerpo, los labios jugaron en deliciosos recodos, las manos recorrieron, apretando contornos. Eleno entró como la lluvia en la tierra, cubrió toda la humedad de Emiliana.

Instantes más sintió la explosión palpitante, sus entrañas se llenaron de placer, su mente de olores. Sintió cómo su vientre ansiaba el río torrente, el que debía elevarla al mar...

Abrió sus ojos y empujó a Eleno. Sorprendido tardó segundos en reaccionar. Afuera el río se acercaba, jaló fuerte a Emiliana que lo miró lejana.

Confundido, no supo qué hacer, y gritando con miedo la jaló aún más. Emiliana se agarró fuerte de las patas de madera, abrió los ojos y dijo con suavidad —Tú sabes que el mar espera. Allá te amaré alguna vez.

El miedo de Eleno fue terrible, como pudo se trepó al palo más alto de la casa y miró cómo el agua se tragaba todo; muebles, paredes, animales y la cama donde iba su mujer. Desnuda hacia el mar.

Alcanzó a gritar —¡Emiliana es tu muerte! ¡Préndete de un árbol! Llorando. —¡Por favor que vas a morir! Apenas escuchó un lejano —vendreee por tiiii—, algo como —del maaar...

Repitió ¿Vendré por ti del mar?

Todo se revolvió por muy dentro de Eleno, no podía comprender nada de lo que Emiliana le gritó al final. Se agarró fuerte al palo, el agua llegaba poco más de un metro, pero su caudal fue recio; destruyó todas aquellas partes. Animales se ahogaron, las tierras quedaron deslavadas, poco rancho quedó en pie. Las gentes, muchas quedaron en los ríos atrapadas entre troncos y animales, otros se ahogaron, otros no más de pánico murieron. Mucha fue la mortandad de aquella tierra.

Luego, pasadas las aguas, salieron en busca de sus gentes, una a una se fueron hallando. Algunas no más cerca, otros río abajo. Ahogados de días fueron sepultados.

A la Emiliana nunca la encontraron, su cuerpo se metió al mar. Decían los que lo vieron, que iba tendida sobre su petate, que no la mojó el río. Parecía que las aguas no más la iban guiando; allí por el río iba desnuda. Murió en el mar. Bueno, dicen las gentes que allí viva fue a parar y ya del mar, pos nunca salió.

Eleno después, ya no fue igual. Andaba siempre como ido, piense y piense. Las gentes le decían que se hallara otra mujer, que había buenas pa'l rancho, muchas que le querían a él, que pos ya era tiempo de olvidar-

se de la Emiliana y agarrara de nuevo a la mujer.

Nomás al mentarla, todito él se estremecía y un escalofrío venía a picarle todo el cuerpo. Pero salido del agua y sólo recordaba las palabras últimas de Emiliana.

—¿Cómo vendrá? si ya muerta está.

Pero algo extraño se le metía y sudaba a chorros, cuando miraba rumbo al mar y arriba la luna brillar.

Los rancheros, su gente empezó a burlarlo de loco. Después de las aguas ya no levantó la casa, ni amarró ganado de él, que milagrosamente se había salvado. No quiso saber nada, dejó de hablarle a su gente. Callado, como embrujado andaba.

Un día ella se lo llevó...

—¿Cuándo llegó la Emiliana?

—No. pos ya tiempo.

—¿Cuánto después de la venida de las aguas?

—Pos luego.

—¿Muchos años?

—Ora verá, nomás habíamos levantado nueve milpas.

Dicen las gentes que un día a Eleno le dio por salir bañado, bien peinado con la elegancia de aquellas tierras rancheras.

Montó su macho y se enfiló rumbo al mar. A todos los vecinos les sonreía y decía que iba acompañado de su mujer. Que la miraran a la grupa del caballo, vestida de blanco, trenzado el cabello de rojo. Se dete-



nía con todos y al oído de algunos hombres: —Ya ves, regresó por mí anoche—. Guiñando un ojo comentaba —¡Y qué noche!

A Eleno le tomó nueve horas llegar al mar, de tanto que se paró con la gente, bromeó y presentó a su Emiliana. Al mar nomás se hacen dos horas.

La gente del rancho lo miraba como loco. Pero más bien nosotros aquí los naturales decíamos que andaba como embrujado. Bruja era la Emiliana.

Ya pa' la nohecita, cuando la luna se mira al horizonte y brilla en el mar. Cuando la marea es brava fue a detenerse Eleno. Lo vieron bajar del caballo, dizque bajar a la Emiliana y meterse al mar agarrado de su mano. Se metió derechito, como si caminara.

Por eso dicen que cuando hay luna llena y la marea es alta, se escucha murmurar de sensualidad y pareciera que el mar está haciendo el amor con la luna. Pero dicen que se oyen como quejidos de mujer que grita al hacer el amor.

Así dicen los que escuchan la mar. Allí donde el río va a dar. Uno que está aquí en la montaña, nomás se oye de lejos el tronido del mar cuando hay luna llena. A los hombres los deja pensativos. Pero las mujeres ese día andan con miedo de que la Emiliana salga de nuevo del mar.